

EDICIÓN 7

AGOSTO 2026

REVISTA DOCA



STANLY TAPIA

EL PROFESOR QUE ELIGIÓ CHANCO

JOSÉ VEGA ORELLANA

MEMORIAS DE LA CÁRCEL DE CHANCO

CAMILO POMMIEZ

MÚSICO CHANQUINO

VAITIARE VALENZUELA

VISIBILIZANDO LA DIVERSIDAD SEXUAL EN
CHANCO

DOCA
CRÓNICAS CHANQUINAS

Crónicas Chanquinas

En esta edición...



05 ENTREVISTA A STANLY TAPIA



ENTREVISTA A JOSÉ VEGA ORELLANA

15

03 EDITORIAL

12 CÁRCEL PARA HOMOSEXUALES EN CHANCO: ¿MITO O REALIDAD?

DOCA

14 SECRETO BANCARIO

20 LA MEGARREFORMA DE KAST

23 PUEBLO CHICO, INFIERNO GRANDE CAMILA CASTRO

26 ENTREVISTA A CAMILO POMMIEZ

32 LOS HUMEDALES QUE YA NO NOS PROTEGEN

34 YA NO POR NUWANDA

36 EL MUNDIAL TAMBIÉN SE JUGÓ EN CHANCO

39 ENTREVISTA A VAITIARE VALENZUELA

DROGADICCIÓN EN CHANCO: UN ENEMIGO INVISIBLE, UN SECRETO A VOCES

Hace unos días, un hecho conmocionó a la comunidad chanquina: un joven recibió un disparo en una botillería, en circunstancias que aún deben ser esclarecidas por la justicia.

Mientras algunos medios informaron que se habría tratado de un asalto y que el disparo habría ocurrido en un contexto de defensa propia, en redes sociales surgió otra versión, que vinculaba el hecho con una eventual disputa relacionada con el narcotráfico. Por ahora, corresponde esperar la investigación y no convertir versiones en verdades.

Pero más allá de este caso particular, existe una preocupación que como comunidad no podemos ignorar, un enemigo que, aunque muchas veces permanece oculto, es también un secreto a voces: la cultura asociada al narcotráfico y la violencia y delincuencia que pueden surgir de ella.

También debemos preocuparnos por conductas que se han ido normalizando entre algunos jóvenes: conducir a exceso de velocidad o bajo los efectos del alcohol y las drogas, poniendo en riesgo sus propias vidas y las de los demás. No son simples travesuras. Son comportamientos que pueden terminar en tragedias.

DOCA

EDITORIAL

Las redes sociales tienen una enorme influencia en la construcción de referentes. Allí, el lujo, la fama, el narcotráfico y ciertos modelos de éxito pueden aparecer como aspiraciones deseables, especialmente para quienes todavía están formando su identidad. Nuestra responsabilidad no es demonizar la música urbana ni estigmatizar a los jóvenes, sino enseñarles a distinguir entre una moda y un modelo de vida.

Chanco sigue siendo una comunidad donde nos conocemos y donde todavía tenemos la posibilidad de actuar antes de que determinados problemas se vuelvan parte de nuestra normalidad. Para ello, necesitamos que las familias, los colegios, las autoridades y las organizaciones sociales asuman su responsabilidad y generen espacios de conversación, educación y prevención frente al consumo de alcohol y drogas.

No se trata de alarmar. Se trata de mirar de frente lo que ocurre.

Nuestros niños y jóvenes merecen crecer en una comunidad donde el esfuerzo, la educación, el trabajo y la creatividad sean caminos posibles para construir un futuro. Y ese futuro no se construye solamente reaccionando frente a la delincuencia cuando ya ocurrió un delito, sino trabajando desde ahora para que nuestros jóvenes tengan otros referentes, otras oportunidades y otras razones para sentirse orgullosos de quiénes son y de dónde vienen.

Cuidar Chanco también significa cuidar a quienes crecerán y construirán aquí su futuro.

Jonathan Soto Guajardo

Director Revista Doca

Periodista

Pontificia Universidad Católica de Chile

ENTREVISTAMOS A

STANLY TAPIA

**EL PROFESOR QUE ELIGIÓ CHANCO
Y QUE SE CONVIRTIÓ EN PARTE DE LA
HISTORIA DEL FEDERICO ALBERT FAUPP**

Stanly Tapia: el profesor que eligió Chanco y que se convirtió en parte de la historia del Federico Albert Faupp



Llegó al Liceo Federico Albert Faupp el 4 de abril de 1980, después de tener apenas diez minutos para decidir entre Chanco y Curicó. Tenía 23 años y se encontró haciendo clases a estudiantes que, en algunos casos, tenían prácticamente su misma edad. Desde entonces fue profesor de Matemática, Inspector General y, durante tres años, director. A pocos meses de que el establecimiento cumpla 50 años, su historia permite recorrer las transformaciones de un liceo que también ayudó a construir la vida de una comunidad.

Hay decisiones que parecen pequeñas cuando se toman y que, con el paso de los años, terminan definiendo una vida entera. Para Stanly Antonio Tapia Tapia, una de ellas ocurrió poco después de terminar sus estudios de Pedagogía en Matemática. En una oficina de la Secretaría Ministerial de Educación le ofrecieron dos alternativas para comenzar su carrera docente: Chanco o Curicó. Tenía diez minutos para decidir.

Eligió Chanco.

Llegó el 4 de abril de 1980 y lo que parecía ser el primer destino profesional terminó convirtiéndose en el lugar donde construyó toda su vida. “Yo no me arrepiento de haber llegado a Chanco. Yo construí mi vida en Chanco. Tengo mi familia, hijos, nietos, construí toda una vida en Chanco. Entonces, no me imagino en otro lugar”, cuenta hoy, ya retirado.

La elección tuvo, inicialmente, una explicación práctica. En aquellos años se pensaba que comenzar en un colegio pequeño podía abrir posteriormente posibilidades de traslado y desarrollo profesional. Pero la historia tomó otro rumbo. Dos años después, con la municipalización de la educación, aquel sistema cambió y Tapia quedó definitivamente ligado a Chanco.

Su llegada coincidió, además, con los primeros años de consolidación del liceo. El establecimiento había comenzado a funcionar en 1976 y todavía estaba formando su estructura. Cuando Tapia llegó, el equipo era joven y varios profesores recién comenzaban sus carreras.

“Cuando yo llegué, el liceo se estaba recién formando. El director era el más viejo y tenía 28 años. Éramos todos jóvenes, recién salidos de la universidad”, recuerda.

El joven profesor de Matemática tenía entonces apenas 23 años. Y la sala de clases le deparó una sorpresa que difícilmente olvidaría: algunos de sus estudiantes tenían prácticamente su misma edad.

La explicación estaba en la historia educacional de la comuna. Antes de la creación del liceo, muchos jóvenes de Chanco terminaban octavo básico y no tenían la posibilidad de continuar sus estudios de enseñanza media. Cuando el establecimiento comenzó a recibir a esos estudiantes, algunos habían permanecido varios años fuera del sistema escolar.

“Cuando llegué, había alumnos que tenían la edad mía. Eran estudiantes de tercero y cuarto medio, principalmente”, recuerda.

El comienzo tampoco fue sencillo. Tapia llegó desde la universidad con la ilusión de que sus alumnos estarían esperando aprender aquello que él quería enseñarles. La realidad fue distinta y, precisamente allí, comenzó a descubrir el verdadero significado de ser profesor.

“Yo venía con la idea de que los alumnos iban a estar sentados, esperando que alguien les enseñara. Pero luego a la sala y la situación no era esa. Uno tiene que buscar estrategias y fórmulas para motivarlos y entusiasmarlos, y eso cuesta”, reconoce.

La Matemática había sido su puerta de entrada a la pedagogía. La profesión, sin embargo, se construyó en el contacto diario con los estudiantes.





“Yo no estudié por vocación. Estudié porque me gustaba la Matemática. Después, en el colegio, compartiendo con los estudiantes, uno empieza a tomarle cariño a enseñar y a compartir los conocimientos con otros. Ahí se va desarrollando el profesor”, explica.

Durante sus primeros años fue testigo de cómo el liceo comenzó a adquirir una identidad propia. Uno de los hitos que recuerda con especial claridad fue la creación de la especialidad forestal, en 1992, que transformó la relación del establecimiento con su entorno.

La nueva especialidad atrajo a estudiantes que llegaban desde otras comunas, especialmente Cauquenes y Constitución. El internado, con capacidad para 120 alumnos, llegó a estar completo.

“Siempre la gente de Chanco va a Cauquenes a estudiar. Pero con la especialidad forestal ocurrió al revés: llegó gente de Cauquenes y de Constitución a estudiar a Chanco. Teníamos el internado lleno”, recuerda.

El internado también forma parte de esa memoria. Cuando Tapia llegó, funcionaba en otro punto de la comuna, antes de trasladarse al recinto del liceo. Durante años fue fundamental para que estudiantes de sectores alejados pudieran permanecer en el sistema escolar. Con el tiempo, la locomoción y los viajes diarios hicieron innecesaria aquella estructura.

La trayectoria de Tapia continuó creciendo junto con el establecimiento. En 1986 asumió como Inspector General, mientras seguía haciendo clases de Matemática. Durante años desempeñó simultáneamente ambas funciones, una experiencia que le permitió conocer el liceo desde dentro y desde todos sus espacios.

“Fue un desafío nuevo, ver la educación desde otro punto de vista, desde la organización. Todavía éramos jóvenes, con poca experiencia, estudiando, aprendiendo. Siempre pensando en los estudiantes, porque el objetivo final es que los alumnos aprendan”, sostiene.

Como inspector conoció también los conflictos y las dificultades propias de la convivencia escolar. Pero, con la perspectiva que entregan los años, asegura que la memoria termina seleccionando lo esencial.



“Cuando uno jubila, como que se queda con las cosas buenas. Uno muchas veces tenía conflictos con los alumnos, pero después los alumnos se van y uno se queda con las cosas positivas. No es todo malo. Hay problemas puntuales, pero la mayoría de las veces son cosas positivas”.

Su trayectoria tuvo otro capítulo cuando, en 2007, asumió la dirección del establecimiento. Lo que originalmente debía ser una responsabilidad transitoria terminó extendiéndose durante tres años, mientras se desarrollaba el proceso de concurso para el cargo.

Tapia recuerda ese período como una etapa enriquecedora. Participó en seminarios del Ministerio de Educación, conoció otras experiencias y asumió el desafío de mirar el liceo desde una perspectiva más amplia. Después regresó a su cargo titular de Inspector General, función que mantuvo hasta el término de su vida laboral.

Su mirada sobre la educación también se fue construyendo desde esa experiencia. Hoy sostiene que uno de los aspectos fundamentales para fortalecer la escuela es devolver autoridad al profesor.

“El aprendizaje se produce en la sala de clases y es el profesor quien dirige. Hoy se habla mucho de educación y de que tenemos que hacer esto o aquello, pero no se habla del profesor. Hay que decirle: ‘Señor profesor, aquí están los estudiantes y usted decida. Usted estudió para esto, usted está formado para dirigir’. El profesor necesita respaldo”, plantea.

Sin embargo, quizás la mejor manera de entender que la jubilación no significó alejarse de la enseñanza está en lo que hace hoy.

Tapia dedica parte de su tiempo a su casa, estudia sobre crianza de abejas y mantiene algunos animales. Pero también volvió a encontrarse con la Matemática desde otro lugar: la Biblioteca Municipal de Chanco.

Allí, cada martes, desarrolla un club de Matemática para niños, principalmente de segundo básico. No busca repetir las clases tradicionales, sino jugar, resolver problemas de ingenio y despertar la curiosidad.



"Más que hablar de Matemática, trato de jugar y resolver problemas de ingenio, hacerlo más lúdico. Ojalá poder encontrar algún talento en Chanco, porque en Chanco hay muchos talentos, y algún día llevar a alguno a las Olimpiadas de Matemática".

Después de una vida entera dedicada a enseñar en el Federico Albert Faupp, su vínculo con la educación continúa. Y quizás allí se encuentra la mejor síntesis de su historia: aquel joven de 23 años que llegó a Chanco con diez minutos para decidir su futuro terminó construyendo aquí su familia, su carrera y una parte fundamental de su identidad.



Ahora, mientras el liceo se prepara para celebrar sus 50 años, Stanly Tapia sigue enseñando. Solo que esta vez no está frente a adolescentes de tercero o cuarto medio, ni ejerciendo como Inspector General. Está en una biblioteca, rodeado de niños que recién comienzan a descubrir el mundo de los números.

Y, de alguna manera, la historia vuelve a comenzar.



DOCA

FUENTE CHANQUINA *Banqueteria*

¡Cotiza con nosotros!

+56967339210

+56957045388

+56982205291





Cárcel para homosexuales en Chanco: ¿mito o realidad?

Durante décadas, la historia circuló como un rumor entre los habitantes de la comuna. Sin embargo, los archivos confirman que en 1952 el Estado instaló en Chanco un presidio especial destinado a reos condenados por homosexualidad. Más de setenta años después, esa página permanece casi olvidada.

Por décadas fue un comentario que pasaba de generación en generación.

"Dicen que a Chanco traían a los homosexuales."

Muchos lo escucharon de sus abuelos. Otros lo consideraban una exageración o simplemente una leyenda local. Sin embargo, la historia demuestra que aquello ocurrió realmente.

La cárcel de Chanco fue escenario de uno de los capítulos menos conocidos de la historia de Chile y de la persecución estatal contra las diversidades sexuales durante el siglo XX.

El 29 de agosto de 1952, el Gobierno creó en la cárcel de Chanco un **Presidio Especial para reos homosexuales**, trasladando hasta la comuna el establecimiento que desde 1942 funcionaba en la cárcel pública de Pisagua. El objetivo era mantener separados del resto de la población penal a quienes habrían sido condenados por delitos vinculados a la homosexualidad, en una época en que el Estado la consideraba una conducta delictiva.

Una época distinta

Mirar esa decisión con los ojos del presente sería un error.

Durante buena parte del siglo XX, la homosexualidad no solo era condenada socialmente. También podía significar cárcel.

Desde la entrada en vigencia del Código Penal de 1875, las relaciones sexuales entre hombres eran castigadas mediante el delito de sodomía. En consecuencia, muchos homosexuales fueron perseguidos, detenidos y privados de libertad simplemente por su orientación sexual. Esa situación se mantuvo en Chile hasta 1999, cuando la sodomía fue despenalizada entre adultos.

En ese contexto nació el presidio especial que primero funcionó en Pisagua y luego fue trasladado a Chanco.

¿Por qué Chanco?

No existe un documento oficial que explique por qué se escogió precisamente esta comuna.

Los historiadores coinciden en que el objetivo era mantener a estos internos alejados de los grandes centros urbanos y del resto de la población penal. Chanco, una pequeña localidad rural del Maule, cumplía con esas condiciones.

Al principio, la llegada de estos reclusos provocó inquietud entre algunos vecinos.

Pero con el paso del tiempo ocurrió algo inesperado.

Los propios registros históricos indican que muchos de ellos comenzaron a integrarse a la vida cotidiana de la comuna mediante distintos trabajos. Cosían ropa, bordaban, tejían, lavaban y planchaban prendas, además de participar en labores de forestación que se desarrollaban en los alrededores de Chanco. Poco a poco fueron ganándose el respeto y la simpatía de buena parte de la comunidad.

Entre la historia y el mito

Con los años, la memoria oral comenzó a llenar los vacíos que dejaron los documentos. Aparecieron relatos que hablaban de cientos de homosexuales enviados a Chanco, de verdaderas colonias penales o incluso de castigos ordenados personalmente por el presidente Carlos Ibáñez del Campo.

Sin embargo, los historiadores llaman a distinguir los hechos comprobados de las leyendas.

Lo que está documentado es la existencia del presidio especial en Chanco. En cambio, muchas historias transmitidas durante décadas carecen de respaldo documental y forman parte de la tradición oral. Incluso uno de los relatos más difundidos, el supuesto lanzamiento de homosexuales al mar durante el gobierno de Ibáñez del Campo, es considerado por especialistas como un mito cuya existencia no ha podido ser demostrada históricamente.

Un patrimonio incómodo

Hoy la antigua cárcel de Chanco enfrenta su cierre definitivo. Durante los últimos meses, la discusión pública se ha concentrado en el impacto económico y laboral que tendrá la medida para la comuna. Pero existe otra dimensión que pocas veces aparece en ese debate. Entre esas paredes también permanece una historia que habla de cómo el Estado chileno persiguió durante décadas a personas por su orientación sexual.

No es un episodio fácil de recordar. Tampoco uno del que existan muchos testimonios. Sin embargo, forma parte de la historia de Chanco. Y precisamente por eso merece ser conocida. Porque conservar el patrimonio no significa solo proteger edificios antiguos, sino que también implica atreverse a mirar aquellos capítulos incómodos que explican quiénes fuimos como sociedad.

Quizás esa sea la verdadera lección que deja la antigua cárcel de Chanco: recordar que hubo un tiempo en que amar de una manera distinta podía llevar a una persona a prisión. Y que nuestra pequeña comuna terminó convirtiéndose, casi sin proponérselo, en escenario de una historia que durante décadas permaneció oculta entre rumores, silencios y memoria popular.



SECRETO BANCARIO:

UNA DISCUSIÓN NACIONAL QUE TAMBIÉN TOCA A CHANCO

Por Jonathan Soto Guajardo

El debate sobre el secreto bancario suele parecer lejano, propio del Congreso y de las grandes instituciones financieras. Sin embargo, detrás de la discusión existe una pregunta que afecta a todos: **¿cómo proteger la privacidad económica de las personas y, al mismo tiempo, entregar herramientas eficaces para combatir delitos como el narcotráfico, el lavado de activos y la corrupción?**

En términos simples, el secreto bancario protege la información sobre las cuentas y operaciones financieras de los clientes de los bancos. Su propósito es resguardar datos considerados privados y evitar que puedan ser conocidos libremente por terceros.

Quienes defienden esta protección advierten que la información financiera es especialmente sensible. Una persona, un comerciante o un pequeño empresario de Chanco tiene derecho a que sus movimientos bancarios no queden expuestos sin una razón justificada. Una eventual

flexibilización del secreto, sostienen, debe contemplar controles estrictos para evitar filtraciones o usos indebidos.

La otra cara del debate está en la persecución del delito. Para investigar actividades como el lavado de dinero o el financiamiento de organizaciones

criminales, seguir la ruta de los recursos puede ser fundamental. Desde esta perspectiva, contar con un acceso oportuno a determinada información financiera permitiría detectar operaciones sospechosas y dificultar que el dinero ilícito permanezca oculto.

En Chile, esta discusión ha cobrado fuerza a propósito del proyecto que busca crear un Sistema de Inteligencia Económica para fortalecer las herramientas contra el crimen organizado. Uno de los puntos más controvertidos es el acceso de la Unidad de Análisis Financiero, UAF, a información protegida por secreto bancario y las condiciones que deberían cumplirse para ello.

El debate, entonces, no es simplemente entre mantener o eliminar el secreto bancario. La pregunta central es **quién puede acceder a la información, en qué circunstancias y bajo qué controles.**

¿Y qué tiene que ver esto con Chanco?

Aunque la discusión se desarrolla en el ámbito nacional, sus principios son aplicables a cualquier comunidad. En una comuna como la nuestra, donde muchas familias dependen del comercio, los emprendimientos, la agricultura, la pesca, el turismo y los servicios, la privacidad financiera es una preocupación legítima.

Al mismo tiempo, Chanco no está al margen de los problemas de seguridad que enfrenta el país. El crimen organizado y el narcotráfico pueden extender sus redes más allá

de las grandes ciudades, por lo que las autoridades requieren herramientas para investigar el origen y el destino de recursos vinculados a actividades ilícitas. El desafío consiste en equilibrar ambos objetivos.

Un secreto bancario robusto protege la privacidad de ciudadanos y empresas. Herramientas de investigación adecuadas pueden ayudar al Estado a seguir el dinero cuando existen indicios de delitos. La discusión está en establecer límites claros que permitan una cosa sin poner innecesariamente en riesgo la otra.

Por eso, más que una disputa entre privacidad y seguridad, el debate plantea una cuestión de confianza: **¿cuánto poder debe tener el Estado para investigar el dinero y qué garantías deben existir para proteger a quienes no han cometido ningún delito?**

Es una pregunta que se discute en Santiago, pero cuya respuesta tendrá efectos sobre todo el país, también en comunidades como Chanco.



MEMORIAS DE LA CÁRCEL DE
CHANCO AD-PORTAS DE SU
CIERRE

entrevistamos a:

JOSÉ VEGA
ORELLANA

José Vega Orellana

MEMORIAS DE LA CÁRCEL DE CHANCO AD-PORTAS DE SU CIERRE

Tras 30 años de servicio, José Vega mira con nostalgia el inminente cierre del recinto penitenciario donde desarrolló casi toda su carrera. Su historia es también la historia de una cárcel que marcó a generaciones de funcionarios, internos y a la propia comunidad de Chanco.



Por Jonathan Soto Guajardo

Hay lugares cuya importancia no se mide por el tamaño de sus muros, sino por las historias que resguardan. La cárcel de Chanco es uno de ellos. Durante décadas fue parte del paisaje cotidiano de la comuna, una institución que convivió con el pueblo y cuya presencia se integró naturalmente a la vida local. Hoy, cuando su cierre parece definitivo, también comienza a despedirse una parte de la memoria de Chanco.

Pocas personas conocen esa historia tan de cerca como José Heriberto Vega Orellana.

Ingresó a Gendarmería en 1985, luego de terminar la enseñanza media en Cauquenes y cumplir su servicio militar. Ese mismo año partió a Santiago para formarse durante un año en la Escuela de Gendarmería, iniciando una carrera que terminaría extendiéndose por tres décadas.

Su primer destino fue la antigua Cárcel Pública de Santiago, uno de los penales más complejos del país en aquellos años.

Allí conoció una realidad muy distinta a la que años más tarde encontraría en Chanco. Fue testigo del motín de 1985, en el que murieron siete internos y un funcionario, y también de la histórica fuga de 49 presos políticos a través de un túnel construido durante meses sin que el personal advirtiera su magnitud. Recuerdos que aún permanecen intactos en su memoria y que marcaron profundamente su manera de entender el trabajo penitenciario.

Después de siete años en Santiago decidió pedir traslado. Sus padres ya eran mayores y quería volver a estar cerca de su familia. En 1992 llegó a Chanco, sin imaginar que ese pequeño recinto penitenciario se convertiría en el lugar donde desarrollaría prácticamente toda su vida profesional.

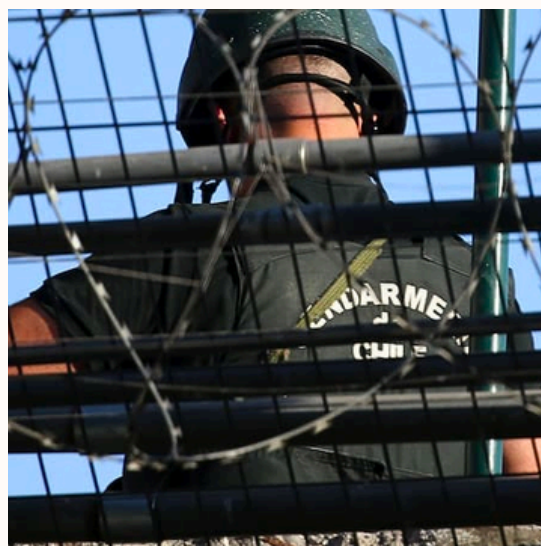
El contraste fue inmediato.

"Venía con otra mentalidad, de trabajar en una unidad muy conflictiva, donde todos los días había procedimientos. Llegar a Chanco era totalmente distinto. Era una unidad tranquila, con internos de baja peligrosidad", recuerda.

Con el paso de los años fue ascendiendo hasta alcanzar el grado de suboficial mayor, el máximo escalafón de la planta de suboficiales, y también asumió responsabilidades como jefe de unidad. Sin embargo, al hablar de su carrera evita detenerse en los grados. Lo que realmente recuerda son las personas.

Para José Vega, la principal diferencia de la cárcel de Chanco era que la mayoría de sus internos aún tenía posibilidades reales de reinserirse.

"No eran condenas grandes y eran personas que se podían rehabilitar", afirma.



Esa convicción dio forma a buena parte de su trabajo.

Los internos podían acceder a talleres de mueblería y otros oficios, además de nivelar sus estudios. Los muebles fabricados en la cárcel llegaban incluso a exposiciones comunales y eran adquiridos por personas que valoraban su calidad. El dinero obtenido ayudaba también a sus familias.

Pero hay una historia que resume mejor que ninguna otra el sentido de esos esfuerzos. Recuerda a un joven recluso que prácticamente no sabía leer ni escribir.

"Aprendió, llegó hasta octavo básico y también aprendió un oficio haciendo muebles", cuenta con evidente satisfacción. Años después todavía conserva en su casa una mesa de centro fabricada por ese interno, un objeto que para él representa mucho más que un simple mueble.

Como jefe de unidad también impulsó beneficios de reinserción que permitían a algunos internos trabajar fuera del penal durante el día y regresar por las noches. De todos quienes participaron en ese proceso bajo su administración, solo uno incumplió las condiciones establecidas.



"Los demás me dieron cumplimiento hasta el último día. Eso para uno es un orgullo, porque siempre trabajábamos pensando en que el día de mañana pudieran enfrentar la vida afuera."

Paradójicamente, dice que los momentos más difíciles de su carrera en Chanco no estuvieron relacionados con los internos.

"Con el personal había más problemas que con los internos", comenta entre risas, recordando que los conflictos laborales eran similares a los que existen en cualquier institución.

Hoy, ya retirado desde hace más de una década, observa con tristeza el futuro del recinto donde pasó la mayor parte de su vida.

Para él, el cierre representa mucho más que el término de una unidad penal.

"Chanco pierde historia", sentencia.

Recuerda que el actual edificio habría sido construido tras el terremoto de 1939, luego del colapso de una cárcel anterior. Por eso considera que el recinto forma parte del patrimonio de la comuna y cree que pudo haberse reconvertido en un centro de reinserción social para personas con condenas de menor complejidad, evitando trasladar todos esos servicios a otras ciudades.

También lamenta el impacto que la medida tendrá sobre las familias de los funcionarios y sobre la economía local.

"Cuando esta unidad llegó a tener 88 internos, nunca hubo una fuga ni una riña. Venían las familias a visitar a los internos, el comercio vendía más y muchas familias vivían gracias a Gendarmería. Todo eso se va a acabar."

Después de treinta años de servicio, José Vega no habla de procedimientos ni de rangos. Habla de oportunidades, de educación, de confianza y de personas que lograron rehacer sus vidas.

"Gendarmería fue todo para mí", dice. "Me dio la posibilidad de estudiar, de crecer y me fui muy contento. Fue una bonita historia y un bonito tiempo el que pasé dentro de esos treinta años."

Cuando las puertas de la cárcel de Chanco se cierren definitivamente, terminará también una etapa de la historia local. Pero mientras existan relatos como el de José Vega Orellana, permanecerá viva la memoria de un recinto que, durante décadas, fue mucho más que un lugar de reclusión: fue un espacio donde también hubo segundas oportunidades.



No necesitas viajar lejos... *Solo necesitas desconectarte.*

Respira aire puro, disfruta del
silencio y vuelve a lo esencial.

- ✓ Descanso
- ✓ Naturaleza
- ✓ Privacidad
- ✓ Atardeceres inolvidables

Vive la experiencia
Weliwen



Fono: +56 9 9307 5139



Ubicación: Chanco, región del Maule



Instagram Glampingweliwen

DOCA

LA MEGARREFORMA DE KAST: QUÉ PROPONE Y CÓMO PODRÍA AFECTAR A LOS CHANQUINOS

El llamado Plan de Reconstrucción Nacional y Desarrollo Económico y Social es una de las principales apuestas del Gobierno de José Antonio Kast. El proyecto reúne más de 40 medidas que buscan reactivar la economía, incentivar la inversión, reducir impuestos, agilizar permisos y financiar la reconstrucción de zonas afectadas por incendios. Pero también ha generado críticas por su impacto fiscal y por los posibles efectos que algunas de sus medidas podrían tener sobre los ingresos municipales. ¿Qué significa todo esto para una comuna como Chanco?

La denominada megarreforma no es una sola reforma, sino un amplio proyecto que reúne medidas económicas, tributarias, laborales, de vivienda, reconstrucción y modernización del Estado. El Gobierno sostiene que Chile lleva años creciendo a un ritmo insuficiente y que es necesario generar condiciones para aumentar la inversión, crear empleos y recuperar el dinamismo económico.

Uno de los principales cambios propuestos es la reducción gradual del impuesto que pagan las empresas sobre sus utilidades, desde el actual 27% hasta un 23%. La iniciativa también contempla un crédito asociado a la creación de empleo formal y beneficios para pequeñas y medianas empresas. La idea del Ejecutivo es que una menor carga tributaria y mayores incentivos a la contratación ayuden a impulsar la actividad económica.

Sus detractores, en cambio, cuestionan que una reducción de impuestos pueda disminuir los ingresos fiscales en momentos en que el Estado necesita financiar servicios públicos y políticas sociales. El Consejo Fiscal Autónomo ha advertido sobre riesgos para las cuentas públicas derivados de la reforma, mientras el Gobierno defiende que un mayor crecimiento económico permitiría compensar parte de esa menor recaudación.

Vivienda y contribuciones

Otro componente relevante es la vivienda. El proyecto contempla una exención temporal del IVA para viviendas nuevas, medida que busca reducir su costo y facilitar la compra, además de incentivar la actividad de la construcción. También propone eliminar el pago de contribuciones de la primera vivienda para personas mayores de 65 años.

Para los adultos mayores de Chanco que sean propietarios de su primera vivienda, esta medida podría significar un alivio directo en sus gastos. Sin embargo, existe una discusión sobre cómo compensar a los municipios por los recursos que dejarían de recibir.

Este punto es especialmente relevante para las comunas pequeñas. Parte de los ingresos municipales se redistribuye a través del Fondo Común Municipal, mecanismo que busca

equilibrar las diferencias entre comunas con distintas capacidades económicas. Alcaldes y organizaciones municipales han advertido que una compensación insuficiente podría afectar los recursos disponibles para servicios e inversión local. El Gobierno, por su parte, sostiene que la propuesta contempla mecanismos para evitar un impacto negativo sobre las municipalidades.

La discusión continúa y este es uno de los aspectos que aún no está completamente cerrado.



¿Y la reconstrucción?

El nombre del proyecto no es casual. La iniciativa nació, en parte, como respuesta a los incendios que afectaron a las regiones de Valparaíso, Ñuble y Biobío. El plan contempla recursos adicionales para financiar la reconstrucción de viviendas y acelerar los procesos de recuperación.

Aunque Chanco no es una de las comunas directamente incluidas en ese proceso de reconstrucción, existe una lección que sí resulta cercana: en territorios expuestos a incendios forestales y otras emergencias, la capacidad del Estado para reaccionar rápidamente puede marcar una diferencia significativa.

En esa misma línea, el Gobierno ha impulsado medidas para acelerar la regularización de títulos de dominio en zonas afectadas por catástrofes. Para las familias que pierden sus viviendas o enfrentan problemas de regularización, contar con documentación en regla puede ser fundamental para acceder a subsidios y ayudas estatales.

Menos burocracia y más inversión

La reforma también busca reducir los tiempos de aprobación de proyectos mediante cambios en los permisos y trámites que deben cumplir las empresas. El objetivo declarado es destrabar inversiones que hoy permanecen detenidas y generar nuevas oportunidades de empleo.

Para una comuna como Chanco, el efecto dependerá de si esta mayor facilidad para invertir logra traducirse en proyectos concretos en regiones y comunas pequeñas. La reducción de trámites podría beneficiar iniciativas

vinculadas al turismo, la construcción, la agricultura, la pesca o los servicios, pero el resultado no es automático. También dependerá de que existan inversionistas interesados en llegar a territorios como el nuestro.

El debate fiscal y la realidad de Chanco

Para los chanquinos, existe otro aspecto que merece atención. En comunas pequeñas como la nuestra, donde la capacidad de generar ingresos propios es menor y existe una importante dependencia de recursos y transferencias provenientes del Estado, cualquier modificación al financiamiento público puede tener relevancia. Esto resulta especialmente sensible en áreas como salud, educación y protección social, donde numerosas familias dependen de políticas y servicios financiados, total o parcialmente, con recursos públicos.

Por eso, uno de los puntos centrales del debate es determinar si una eventual reducción de la recaudación fiscal o municipal podría afectar, directa o indirectamente, la capacidad de financiar servicios y programas públicos. La respuesta dependerá de cómo se implemente la reforma, de los mecanismos de compensación que finalmente se aprueben y de la evolución de la actividad económica.

No se trata de afirmar que la megarreforma necesariamente significará menos recursos para Chanco. Tampoco que una mayor recaudación garantice por sí sola mejores servicios. El punto es que, para una comuna con las características de la nuestra, resulta fundamental observar cómo se distribuirán los costos y beneficios de los cambios propuestos.



Dos visiones sobre el futuro

La megarreforma enfrenta, en definitiva, dos visiones.

Sus defensores sostienen que Chile necesita recuperar el crecimiento, atraer inversión, crear empleos y reducir las trabas que dificultan emprender y desarrollar nuevos proyectos. Desde esa perspectiva, bajar impuestos y simplificar permisos permitiría dinamizar la economía.

Sus críticos advierten que reducir la recaudación puede limitar los recursos disponibles para el Estado y que los beneficios podrían concentrarse en quienes tienen mayor capacidad para invertir. También existe preocupación por el efecto que la eliminación de contribuciones podría tener en las finanzas municipales si la compensación no resulta suficiente.

A la fecha, **24 de julio de 2026, el proyecto todavía no se convierte en ley.** Tras avanzar en su tramitación, persisten diferencias políticas y legislativas, especialmente respecto de la compensación a los municipios. Por lo tanto, algunas de las medidas podrían cambiar antes de una eventual aprobación definitiva.

Para los chanquinos, el debate no debería mirarse solamente desde Santiago. Una rebaja tributaria, una nueva inversión, un subsidio al empleo o una modificación en los ingresos municipales pueden parecer asuntos técnicos, pero terminan teniendo consecuencias concretas en el territorio.

La pregunta de fondo es si esta gran apuesta económica logrará traducirse en algo que las comunas pequeñas puedan sentir: más empleo, mayores oportunidades, inversión y mejores condiciones para que las personas puedan desarrollar sus proyectos de vida sin tener que abandonar sus lugares de origen, sin poner en riesgo, al mismo tiempo, la capacidad del Estado y de los municipios para responder a las necesidades de quienes más dependen de ellos.

Ese será, finalmente, uno de los principales desafíos para medir sus resultados también desde Chanco.

DOCA

PUEBLO CHICO, INFIERNO GRANDE

“Pueblo chico, infierno grande”. Esta frase no describe la esencia de un pueblo pequeño. A mi parecer, retrata el miedo con el que muchas veces se mira a quien viene de afuera.

No pretendo perpetuarla. Pretendo desarmarla y resignificarla.

No desde el juicio ni desde el resentimiento, sino intentando comprender qué hay detrás de ella. Porque detrás del chisme, la desconfianza, las jerarquías sociales y las fronteras invisibles, no veo necesariamente maldad. Veo miedo.

Esta es una reflexión sobre cómo las comunidades pequeñas construyen pertenencia y cómo, a veces, esa pertenencia se define a partir de la exclusión. También es una reflexión sobre cómo el temor a lo diferente puede terminar limitando el crecimiento del propio territorio.

Llegar desde afuera a un pueblo pequeño puede implicar hacerlo con la expectativa de encontrar una comunidad cercana y acogedora. Sin embargo, al ser afuerina, descubrí códigos sociales invisibles que parecen marcar quién pertenece y quién no.

¿Qué significa realmente ser “afuerino”? Venir de afuera. No pertenecer. Enfrentarse a una pared.

Ser afuerina es un concepto nuevo para mí. Soy porteña y, en mi ciudad natal, la presencia de extranjeros y visitantes es cotidiana. En una ciudad-puerto, el origen de una persona suele ser un dato anecdótico, no un atributo que otorgue estatus ni determine su valor.

En comunidades acostumbradas a lo conocido, generar confianza puede resultar difícil. Surge entonces la necesidad de “tener a alguien que te presente”. Las relaciones se heredan y no siempre se construyen. La confianza parece depender menos de quién eres que de quién te conoce o quién te respalda.

Pero ¿existe realmente desconfianza o, más bien, miedo?

Para algunos, el desconocido representa una amenaza para un equilibrio que se percibe como estable. El afuerino trae ideas nuevas, otras formas de hacer las cosas y comparaciones inevitables. Quizás no se teme tanto a la persona como al cambio que representa.

También existen familias “aceptadas” y familias “marcadas”, cuyas reputaciones se transmiten de generación en generación. Entonces surge una pregunta inevitable: ¿cuánto de nuestra opinión se basa en nuestra propia experiencia y cuánto proviene de “lo que dicen”?

La paradoja de los pueblos pequeños está en sus contradicciones. Todos se ven, pero pocos se conocen realmente. Hay cercanía física, pero distancia emocional. Se habla mucho de comunidad, aunque integrarse a ella no siempre sea fácil.

Entonces, ¿qué hace que un lugar se transforme en un infierno?

El miedo. Sobre todo, el miedo a aquello que se percibe como ajeno.

PUEBLO CHICO, INFIERNO GRANDE

Como afuerina, no vengo a desarmar. Vengo a contribuir. Quien llega desde afuera no necesariamente viene a reemplazar. Puede traer conocimientos, experiencias y una mirada distinta. Puede sumar, enseñar y aprender.

Pero, para que eso ocurra, primero hay que dejar de mirar al afuerino como una amenaza.

Que las cosas siempre se hayan hecho de una determinada manera no significa que esa sea la mejor forma de hacerlas. A veces, solo significa que existe la costumbre de repetirlas.

El verdadero antagonista no es el pueblo ni quienes lo habitan. Es el miedo: un miedo colectivo que determina quién pertenece, quién merece confianza, quién puede participar y quién tiene derecho a opinar.

El verdadero infierno no es vivir en un pueblo pequeño. Es vivir convencidos de que abrir la puerta al otro significa perder lo propio.

Porque los pueblos que crecen no son los que levantan murallas, sino los que se abren. Son aquellos que descubren que compartir su identidad no los debilita, sino que revela su verdadera riqueza.

Camila Castro

Porteña.

PRÓXIMAMENTE

¡ UN NUEVO PUNTO DE
ENCUENTRO GASTRONÓMICO
EN NUESTRA CIUDAD!

2026

"PARA MÍ LA MÚSICA ES
COMO ALIMENTO"

Entrevistamos a:

CAMILO
POMMIEZ

Camilo Pommiez, músico chanquino:

"PARA MÍ LA MÚSICA ES COMO ALIMENTO"

Nació en Cauquenes, pero es chanquino. Aquí creció en los 90' jugando en calles de tierra, descubrió la guitarra y, siendo adolescente, comenzó a ensayar con otros jóvenes usando instrumentos que conseguían en el liceo. Años después estudió producción musical en Santiago, integró la banda Panul, grabó canciones, recorrió escenarios y finalmente regresó a la zona. En plena pandemia formó la banda Santos del Mar y grabó un disco en vivo en una casa en Pelluhue. Hoy, desde la experiencia de quien ha recorrido distintos caminos de la música, Camilo Pommiez recuerda sus inicios, su trayectoria y reflexiona sobre la música urbana, la digitalización y las oportunidades que Chanco puede ofrecer a sus nuevos talentos.



Por Jonathan Soto Guajardo

Camilo Tomás Pommiez Pinochet nació en Cauquenes, el 16 de agosto de 1989. Llegó al mundo en la ciudad vecina por una circunstancia familiar particular. Su madre esperaba gemelos, pero perdió a la otra guagua durante el embarazo y el nacimiento de Camilo requirió atención médica en Cauquenes. El dato, que él mismo recuerda como una particularidad de su historia, es

apenas una pequeña pieza de un relato cuya verdadera raíz está en Chanco.

Aquí creció. Y lo hizo en un Chanco muy distinto al actual.

“Lo que más recuerdo es la sencillez con la que vivíamos. Crecí en la casa de mi bisabuela, porque mi mamá y mi papá trabajaban. Tratábamos de jugar lo más que podíamos. Podíamos salir a jugar a

las calles, que eran de tierra, ir a la plaza, jugar a la pelota o al tenis. No había celulares ni computadores. Era muy tranquilo. Para mí era como soñado vivir en Chanco y me siento muy afortunado de haber crecido acá”.

Aquella infancia transcurrió entre amigos, juegos y una libertad que hoy recuerda con cierta nostalgia. Había también espacio para las aventuras propias de una niñez en un pueblo pequeño.

“Los cabros más desordenados eran de por la quesería, Barrio Chino o La Araucaria. Con ellos salíamos a hacer cuestiones más de valientes: a robar duraznos, nueces, hacer casas en los árboles o jugar a los comandos en el parque. Creo que eran más valientes esos cabros”.

La música apareció relativamente temprano. Tenía alrededor de 14 años cuando comenzó a juntarse con otros jóvenes para tocar. No había grandes recursos ni una infraestructura sofisticada. Había que conseguir los instrumentos donde se pudiera.

“Las primeras veces que tuve acercamiento a tocar con una banda fue porque conseguíamos los instrumentos del liceo. Cristian Orellana tenía la casa de una tía en Errázuriz con Yervas Buenas. Los sábados instalábamos la batería, conseguíamos el bajo, yo llevaba mi guitarra y Cristian tocaba. Me acuerdo perfectamente de esos días de primavera en Chanco, en esa casa antigua, haciendo música”.

Después apareció el centro cultural impulsado por el profesor Ricardo Canales, con una sala de ensayo que permitió reunir a varios jóvenes interesados en tocar. Allí se encontraron músicos que, con el tiempo, tomarían caminos distintos.



“Ahí nos lanzamos a tocar hartos cabros. Éramos súper básicos, en verdad éramos re malos”, recuerda entre risas. “Pero creo que nos faltaba conocimiento. Algo hacíamos”.

Aquellos primeros ensayos fueron importantes por una razón que excedía la calidad musical. En una comuna pequeña, donde las posibilidades de acceder a formación artística eran limitadas, tener un lugar donde juntarse y tocar significaba abrir una puerta.

A los 16 años ya había grabado un tema. Poco después comenzó a experimentar con programas de audio y a escribir sus propias canciones. A los 19 viajó a Santiago y grabó tres temas con un productor amigo. Sin embargo, todavía estaba presente una dificultad que reconoce hasta hoy: la timidez.



“Me di cuenta de que ya podía hacer música y que no iba a tener problema. La cosa era que me daba un poco de pudor. Ese trabajo lo dejé en internet un tiempo y después lo borré porque me daba vergüenza. Sentía que era música muy de pendejo”.

Su camino profesional, sin embargo, todavía no estaba definido. Estudió Auditoría en la Universidad de Concepción, pero mientras avanzaba en la carrera descubrió que quería dedicarse a otra cosa.

Quería estudiar Ingeniería en Sonido.

Sus padres inicialmente no estaban convencidos. Ni siquiera veían con buenos ojos que estudiara Pedagogía en Música. Finalmente, fue su propio padre quien le sugirió una alternativa: producción musical.

La decisión cambiaría su trayectoria.

En Santiago estudió producción musical y se sumergió en un mundo completamente distinto al que había conocido en Chanco. Aprendió a construir canciones desde cero, estudió piano clásico, dirección coral y comenzó a relacionarse con músicos y productores.

“Yo venía de Chanco, donde no veía gente que tocara música así, y allá estaba lleno. Fue una explosión”.

Durante esos años formó distintas bandas. Una de ellas fue Panul, un proyecto de rock garage con el que grabó un EP de cinco canciones, realizó presentaciones y llegó a escenarios importantes dentro del circuito independiente.



“Llegamos a hacer cosas súper buenas. Estuvimos en buenos festivales, tocamos en Loreto, que era un bar donde la llevaba el rock, estuvimos en la Casa de Pablo Neruda, abrimos el Premio Nacional de Poesía Joven, aparecimos en algunas radios y revistas. La verdad es que sí teníamos algo de potencial”.

La banda incluso logró producir un videoclip prácticamente sin dinero.

“Vendíamos piscolas a 500 pesos. Juntamos como 200 lucas y con eso grabamos un video. Lo hicimos sin ningún peso. Para grabar el disco también teníamos que juntar plata con las pocas tocatas que teníamos”.

Después de cinco años, Panul terminó disolviéndose. Camilo continuó su vida en Santiago y, cuando decidió regresar a la zona, llegó incluso a vender sus guitarras y sus equipos. “Dije: ‘Ya, no toco más. Ya estuvo bueno. Lo pasamos bien’”.

Pero la música, aparentemente, no estaba dispuesta a dejarlo.

En 2018 regresó a la zona y se instaló en Curanipe. Allí se reencontró con Alex Orellana, músico chanquino con experiencia en Santiago, quien lo invitó a integrarse a una banda.

Durante aproximadamente cinco años tocaron repertorio de alta exigencia, con canciones de rock y estructuras complejas. Camilo terminó tocando piano y cantando, mientras compartía escenario con músicos de amplia experiencia.



Hasta que decidió intentar algo distinto.

Quería tocar sus propias canciones.

Así nació Santos del Mar, el proyecto que reunió nuevamente a músicos vinculados con Chanco y que terminaría materializando una de las experiencias más importantes de su trayectoria. El nombre tenía una historia personal.

“La canción se llamaba Santos del Mar. Yo la había hecho para mi banda anterior, cuando hicimos el segundo disco con Panul. Le pusimos Santos del Mar porque a mí me encanta ese lugar. Yo iba a veranear allá con mi bisabuela”.

La banda comenzó a ensayar en Chanco, en la casa de Alex Orellana. Allí, Camilo recuerda haber descubierto algo que lo sorprendió.

“Imagínate en Chanco. Ensayábamos en la casa de Alex y tocábamos excelente. Yo llevaba el ritmo y hacía las canciones, pero los cabros sonaban como una bomba. Oscar, Sebastián y Alex eran unos monstruos para tocar”.

El proyecto alcanzó a grabar cinco canciones y un EP de cuatro temas llamado El Faro. El proceso tuvo un momento especialmente significativo en agosto de 2022, cuando el equipo se trasladó a una casa de Pelluhue para registrar el disco en vivo.

“Nos encerramos una semana. Instalamos el estudio y estuvimos una semana de intensidad máxima grabando. Fue un agosto súper soleado. Hacíamos asados, preparábamos comida para todos, hablábamos solamente de música y tocábamos. Fue un suceso súper movido, de pura energía. Es algo que voy a recordar para siempre”.

El resultado fue publicado en plataformas digitales. Sin embargo, la banda comenzó posteriormente a fragmentarse y el proyecto no alcanzó la masividad que Camilo imaginaba.

La explicación, dice, no está necesariamente en la calidad musical.

“Es difícil que pase eso. Se puede, sí, pero conlleva mucho trabajo y mucho tiempo. Si en Santiago es difícil, imagínate lo difícil que es estando aquí en Chanco. Hay que tener prensa, entrevistas, radio, tocar, hacer videoclips, mantener las redes sociales. Al final necesitas muchos recursos y también tiempo”.

Camilo cree que Santos del Mar tenía posibilidades.

“Si hubiéramos seguido tocando y trabajando como lo hicimos en algún momento, podríamos fácilmente haber estado tocando en buenos festivales”.

Su experiencia también le permite observar con atención el presente. Y ahí aparece la música urbana.

Su opinión, lejos de ser despectiva, es bastante más matizada.

“No me gusta la música urbana, pero no digo que sea mala. Que los jóvenes hagan expresiones artísticas está bien. Es difícil atreverse, porque hay que tener personalidad y dejar el miedo a que te digan que no les gusta o que está malo”.

De hecho, reconoce que muchos de los artistas urbanos que hoy alcanzan notoriedad probablemente llevan años intentando abrirse camino.

“Yo creo que esos cabros vienen haciendo música desde que son chicos. Para haber pegado una canción, deben haber hecho 25 o 50 antes”.

Lo que sí observa con preocupación es la transformación de la música hacia una producción cada vez más digital.



“Creo que fuimos una de las últimas generaciones en que había tantos músicos, guitarristas, bajistas, pianistas y cantantes. Siento que eso va a ir decayendo. Los que no hacen género urbano están luchando contra la marea para poder subsistir y tener éxito. En algunos años más va a ser muy raro ver cantantes con guitarra y tremendas bandas. La gran mayoría va a ser más digitalizada”.

Por eso mira con interés lo que está ocurriendo en Chanco con los niños que están aprendiendo a tocar instrumentos.

“Está súper bueno que los niños estén aprendiendo a tocar viola, violín o cello. Es un proyecto nuevo que hay en Chanco y creo que es muy bueno”.

También propone mirar experiencias que se desarrollan en otras ciudades, donde músicos realizan talleres de creación con estudiantes.

“Viene un cantante, trabaja con niños de primero o segundo medio y les enseña a hacer canciones. Pueden hacer rap, punk o lo que les guste. Eso lo encuentro súper bueno”.

Para Camilo, esa puede ser una de las claves: no esperar que el talento aparezca por sí solo, sino generar espacios para que pueda desarrollarse. Él lo sabe por experiencia propia.

La música comenzó para él en una casa antigua de Chanco, con instrumentos prestados y un grupo de adolescentes que, según sus propias palabras, eran “re malos”. Décadas después, esos primeros ensayos terminaron conectándose con estudios de producción, escenarios, discos y músicos profesionales.

Y, finalmente, la historia volvió al punto de partida.

A Chanco.

“Para mí la música es como alimento. Si no estoy cantando, siempre tengo una melodía dando vueltas en la cabeza. Cuando hago deporte también tengo una melodía. Me gusta observar cómo están hechas las canciones, cómo las enfrenta el compositor o el productor, cuánto duran los coros, cómo llegan al último coro, cómo cierran, cómo empiezan y cómo se van sumando las capas musicales. Es como un alimento”.

Quizás por eso, después de tantos años, Camilo todavía no se siente completamente retirado de la música.

Porque la música que comenzó en las calles de tierra, en la sala de una casa de Errázuriz con Yerbas Buenas y en aquella sala de ensayo del centro cultural, nunca desapareció.

Cambió de forma.

Pasó de los covers de Los Miserables a Spinetta y Fito Páez. De las primeras canciones grabadas casi artesanalmente a los estudios profesionales. De Panul a Santos del Mar. De Santiago a Chanco y de Chanco a Pelluhue.

Pero siempre volvió.

Y en una comuna donde alguna vez un grupo de adolescentes tuvo que conseguir instrumentos del liceo para poder ensayar, la historia de Camilo Pommiez deja una pregunta abierta hacia el futuro: **¿cuántos jóvenes músicos habrá hoy en Chanco esperando una oportunidad, un espacio, un escenario donde comenzar a tocar?**

LOS HUMEDALES QUE YA NO NOS PROTEGEN

Fernando Salinas Manfredini

El último frente de mal tiempo dejó, una vez más, la misma postal: calles anegadas, viviendas inundadas, caminos cortados y familias evacuadas. La conversación pública se concentra, como siempre, en la emergencia inmediata: los operativos, los albergues, las cifras de damnificados. Pocas veces nos preguntamos por qué el agua, que durante siglos supo dónde acomodarse, hoy no encuentra espacio y termina en la puerta de nuestras casas. Parte de la respuesta está en lo que hemos hecho desaparecer: los humedales.

Un humedal no es un terreno baldío ni un charco a la espera de ser rellenado. **Es una esponja natural que absorbe el exceso de agua en los temporales y la libera lentamente en tiempos de sequía.** Cuando urbanizamos, rellenamos o drenamos estos ecosistemas, no solo perdemos un paisaje: eliminamos la infraestructura que durante milenios contuvo las crecidas de ríos y esteros. No es casualidad que las inundaciones más severas ocurran, sistemáticamente, en las mismas zonas donde antes había humedales hoy cubiertos de asfalto y loteos.

Esa función de contención es solo una parte de la historia. **Los humedales son también el hogar de una biodiversidad que no existe en ningún otro tipo de ecosistema:** cisnes de cuello negro, flamencos, taguas, patos silvestres, anfibios, coipos y decenas de especies de aves migratorias que recorren miles de kilómetros usando estos sitios como escala obligada para descansar y alimentarse. Sin humedales, esas rutas migratorias se rompen y esas poblaciones colapsan.

Y aquí está lo que muchas veces se olvida: lo que le pasa a las aves y a los anfibios, tarde o temprano nos pasa a nosotros. Los humedales sostienen napas subterráneas, purifican el agua, regulan el microclima y amortiguan eventos extremos. Cuando

se degradan, no solo se pierde naturaleza: se generan problemas sociales concretos. Familias que pierden sus casas por inundaciones que antes no ocurrían. Pescadores y agricultores que ven deteriorarse los ecosistemas de los que depende su actividad económica. Comunidades enteras que quedan más expuestas, año tras año, a fenómenos climáticos cada vez más intensos. **La crisis de los humedales no es un problema de biólogos: es un problema de vivienda, de economía local y de seguridad para las personas.**

Pese a toda esta evidencia, en Chile persiste la idea de que proteger un humedal es sinónimo de frenar el progreso. Es el argumento favorito de buena parte del sector inmobiliario, para el cual cualquier terreno húmedo representa metros cuadrados perdidos y no un servicio ecosistémico irremplazable. Bajo esa lógica, humedal y desarrollo aparecen como enemigos, cuando en realidad la evidencia demuestra exactamente lo contrario: sin humedales, el desarrollo se vuelve más frágil, más caro y más vulnerable a la próxima tormenta.

Ese falso dilema ha encontrado, lamentablemente, eco en la más alta autoridad del país. El presidente José Antonio Kast ha cuestionado en reiteradas ocasiones la Ley de Humedales Urbanos, llegando a ironizar públicamente sobre su aplicación y sugiriendo que la normativa sería excesiva o mal utilizada. Su gobierno ha impulsado la idea de "acotar" la ley para no entorpecer proyectos habitacionales, en momentos en que el lobby empresarial presiona por debilitar aún más los resguardos existentes. El resultado es una legislación ambiental cada vez más frágil, justo cuando el país debería estar reforzándola.

LOS HUMEDALES QUE YA NO NOS PROTEGEN

El caso de la red de humedales del Maule y Ñuble ilustra con claridad el riesgo de este retroceso. Allí, el proyecto "Parque Eólico Viento Pacífico Verde" amenaza directamente al humedal de Reloca —santuario de la naturaleza desde 2005— y al humedal de Loanco, en la desembocadura del río Pinotalca, ambos hogares de aves en categoría de conservación como el cisne de cuello negro y el flamenco chileno. Se trata de humedales interconectados: no son sitios aislados, sino parte de una misma red hidrológica y biológica. Afectar uno de ellos —con aerogeneradores, tendido eléctrico o intervención de cauces— repercute inevitablemente sobre toda la red, debilitando su capacidad conjunta de sostener biodiversidad y de contener eventos extremos en toda la zona costera.

Lo que está en juego, entonces, excede largamente a un puñado de aves o a un paisaje bonito. Perder humedales es perder biodiversidad, pero también es perder capacidad de adaptación frente a una crisis climática que ya no es una amenaza futura, sino una realidad que golpea con cada frente de mal tiempo. Es un problema local —el barrio que se inunda, la caleta que pierde su sustento— y al mismo tiempo un problema global, porque cada humedal que desaparece es una pieza menos en la red de ecosistemas que sostiene la vida en el planeta.

Seguir tratando a los humedales como un obstáculo para el progreso es, en el fondo, hipotecar nuestra propia capacidad de enfrentar el futuro. La pregunta no debería ser cuánta protección estamos dispuestos a sacrificar por el desarrollo, sino cuánto desarrollo seguiremos perdiendo —en viviendas, en economía, en vidas— por cada humedal que dejamos desaparecer.



Santuario de la Naturaleza Humedal de Reloca

Y A N O

Ya no habrá un primer beso
Ya no habrá caricias y todo eso
Ya no dormiremos juntos
Ya no serás parte de mi mundo
Ya no bailarás conmigo
Ya no podré besar tu ombligo
Ya no habrá un paseo por el parque
Ya no nos besaremos como antes
Ya no te esperaré junto a tu gato
Ya no pasaremos juntos el rato
Ya no desabotonaré tu blusa
Ya no podré verte sin una excusa
Ya no me miraras como lo hacías
Ya no sonreiremos como aquellos días
Ya no me encantare con tu olor
Ya no podré hacerte el amor
Ya no habrá un nosotros
Ya no...

Por Nuwanda

Tu piel merece más.

Dale el cuidado que realmente necesita.

Productos seleccionados para ayudarte a lucir una piel saludable, hidratada y llena de vida.

- ✓ Hidrata 
- ✓ Nutre 
- ✓ Protege 
- ✓ Revitaliza 



COMIENZA HOY TU NUEVA RUTINA 



Fono
+569 6140 4742



Envíos a
todo Chile



Síguenos en Instagram
@Macariskincare

DOCA

EL MUNDIAL TAMBIÉN SE JUGÓ EN CHANCO



El Mundial terminó y España se quedó con la copa. Pero, si uno revisa lo que pasó en Chanco durante esas semanas, el torneo no se vivió solamente viendo los partidos. También se vivió alrededor del álbum, buscando láminas, revisando números y juntándose con otras personas para intercambiar las repetidas.

Lo curioso es que Chile ni siquiera clasificó. Aun así, el álbum logró entusiasmar a niños, jóvenes y adultos. Algunos comenzaron por acompañar a sus hijos, otros recordaron los álbumes que completaron cuando eran más chicos y varios terminaron bastante más involucrados de lo que tenían pensado.

Porque abrir sobres es entretenido, pero cuando las repetidas comienzan a acumularse, aparece la parte más importante del álbum: el intercambio.

¿Cuál te falta?

La pregunta se repitió durante varias semanas: "¿Cuál te falta?". A partir de ahí comenzaba todo.

Uno revisaba sus números, el otro sacaba sus repetidas y, si había coincidencias, se hacía el cambio. Algo bastante simple, pero que terminó generando encuentros entre personas que quizás se conocían de vista, pero que nunca habían conversado.



En Chanco se realizaron varios intercambios. Algunos de los más grandes se hicieron en La Isla, un lugar icónico para los chanquinos y que esta vez se transformó en un punto de encuentro para quienes estaban completando el álbum.

Llegaban personas con sus listas, sobres, cajas y paquetes de láminas ordenadas por número. Algunos buscaban muchas; otros estaban a pocas de terminar. También estaban quienes llevaban repetidas simplemente para ayudar a alguien más.

Y eso fue una de las cosas más interesantes de este fenómeno. El objetivo era completar un álbum, pero en el proceso se generaron conversaciones, nuevos contactos y momentos compartidos entre personas de distintas edades.

Un álbum difícil de completar solo

El álbum del Mundial tenía 980 láminas. Llevar el control no era tan fácil, sobre todo cuando las repetidas comenzaban a aumentar.

Comprar más sobres tampoco aseguraba avanzar. Podían aparecer varias láminas que uno ya tenía y ninguna de las que realmente faltaban. Por eso el intercambio era tan importante: una lámina que para alguien estaba repetida podía ser justo la que otra persona llevaba semanas buscando.

Además, el intercambio permitía avanzar sin tener que seguir comprando sobres. Pero creo que su principal valor fue otro. Para completar el álbum había que hablar con otras personas, revisar sus listas y ponerse de acuerdo.

En un momento en que casi todo se hace desde el teléfono, un álbum de papel consiguió que muchas personas volvieran a reunirse.

La idea de crear [Repetidas.cl](#): desarrollo web desde Chanco

Mientras completaba mi álbum apareció un problema bastante concreto: llevar el control de casi mil láminas.

Podía anotar los números en un cuaderno o guardar una lista en el teléfono, pero mantenerla actualizada era complicado. Después de cada sobre o intercambio había que volver a revisar todo. También circulaban fotos y mensajes de WhatsApp con largas listas de números que no siempre eran fáciles de comparar.

Como trabajo desarrollando páginas y aplicaciones web, pensé que podía crear una herramienta para solucionar ese problema. Así nació [Repetidas.cl](#).

La idea inicial era simple: marcar las láminas que tenía, identificar las faltantes y separar automáticamente las repetidas. También quería que la colección pudiera compartirse con otra persona para preparar un intercambio sin tener que escribir todos los números nuevamente.

Repetidas.cl tampoco nació como una aplicación perfecta. Primero desarrollé una versión funcional, comencé a probarla y fui mejorándola sobre la marcha. Había cosas que parecían claras cuando las programaba, pero que no funcionaban tan bien cuando alguien intentaba usarlas desde el teléfono.

Ese proceso fue probablemente la parte más interesante. No se trataba solamente de desarrollar una web, sino de entender cómo las personas completaban realmente el álbum y qué necesitaban al momento de intercambiar.

Con el tiempo se agregaron nuevas opciones, como crear un perfil público, compartir la colección, buscar personas disponibles y comparar las láminas repetidas y faltantes entre dos usuarios.

Lo que dejó el Mundial

España fue campeón y el Mundial ya terminó. Algunos lograron completar su álbum y otros todavía siguen buscando esas últimas láminas que nunca aparecieron.

En Chanco quedaron los intercambios, los encuentros realizados en La Isla y las personas que lograron conectarse alrededor de una actividad tan sencilla como revisar números repetidos.

Probablemente, cuando estos álbumes vuelvan a aparecer dentro de algunos años, no solo recordaremos al campeón. También recordaremos dónde conseguimos esa lámina difícil, quién nos ayudó a completar una selección y todas las personas que conocimos durante el proceso.



PANADERÍA
FUENTE
CHANQUINA



Pan, cecinas, empanadas, queques, roscas, berlines, alfajores,
tartaletas, pie de limón, bebidas, congelados, helados soft,
¡y mucho más!

Vaitiare Valenzuela: dándole visibilidad a la diversidad sexual en Chanco

Por Jonathan Soto Guajardo

En una comuna donde la diversidad sexual todavía suele vivirse en silencio, Vaitiare Valenzuela decidió hacer exactamente lo contrario: mostrarse. A sus 25 años, la educadora diferencial vive abiertamente su bisexualidad y porta con orgullo una bandera que, asegura, busca decirles a otros que no están solos.

Llegó a Chanco a fines de 2015, cuando su familia decidió volver a las raíces de su padre. Desde entonces ha construido su vida en la comuna, pero también ha constatado que hablar de diversidad sexual sigue siendo incómodo para muchas personas.

"En Chanco todavía es un tabú", afirma.

Aunque aclara que nunca ha sido víctima de agresiones directas ni de actos explícitos de discriminación, cree que el problema adopta formas más silenciosas.

"Es un pueblo chico y sé que la gente comenta las cosas por detrás. No lo he vivido directamente, pero sé que ocurre."

Para ella, la diferencia está en que no todas las personas cuentan con las mismas herramientas para enfrentar ese entorno. Esa es la razón por la que considera tan importante la visibilidad.



"No he visto a muchas personas que tengan la libertad de mostrarse tal como son, sin miedo a ser juzgadas. Yo siempre he sido muy orgullosa de portar mi bandera."

Su proceso personal comenzó durante la adolescencia. A los 15 años empezó a investigar y comprender aquello que sentía desde hacía mucho tiempo. Hoy se define como bisexual, aunque evita entender las etiquetas como una obligación.

"Las etiquetas ayudan a algunas personas a encontrar una comunidad y sentirse representadas, pero no todos las viven de la misma manera."

DOCA

Hablar de su orientación sexual con su familia también fue parte de ese camino. Mientras encontró apoyo inmediato en su madre y su abuela, con su padre el proceso fue más complejo.

"Por la forma en que fue criado, le costó más aceptarlo y comprenderlo."

Fue durante la universidad, al conocer otras realidades y compartir con personas de la comunidad LGBT, cuando sintió que tenía la seguridad suficiente para hablar abiertamente sobre quién era.

Mucho más que el Mes del Orgullo

Para Valenzuela, el principal desafío en Chanco no pasa por organizar actividades durante junio. Lo que realmente falta son espacios permanentes donde las personas LGBT puedan encontrarse, compartir experiencias y sentirse seguras.

"Creo que la visibilidad es fundamental. Sé que hay muchas personas LGBT en Chanco, pero quizás tienen miedo de mostrarse."

Esa ausencia, sostiene, mantiene la diversidad sexual fuera de la conversación pública y dificulta que quienes viven procesos similares encuentren apoyo.

Por eso reconoce que más de una vez ha pensado en impulsar un espacio de encuentro para la comunidad. La idea la entusiasma, aunque también la enfrenta a una duda.

"No sé qué tan dispuestas estarían las personas de la comunidad en Chanco a participar."

Si ese proyecto llegara a concretarse, dice que no tendría un carácter exclusivamente reivindicativo.

"Me gustaría que fuera un espacio de visibilidad y educación, donde las personas pudieran compartir sus experiencias y donde la comunidad pudiera aprender más sobre diversidad."

Su anhelo es que, algún día, la comuna pueda vivir el Mes del Orgullo con naturalidad y sin prejuicios.

"Que se entienda que no somos personas raras ni definidas por estereotipos. Somos personas como cualquier otra."



Los cambios pendientes

Aunque reconoce que Chile ha avanzado en reconocimiento y derechos para las personas LGBT, cree que la igualdad todavía está lejos de consolidarse.

"Hoy existe mayor visibilidad y leyes que protegen nuestros derechos, pero siguen existiendo casos de discriminación y violencia, especialmente en espacios familiares, laborales, escolares y también en comunas pequeñas."

A su juicio, el desafío no pasa únicamente por crear nuevas normas, sino por garantizar que las existentes se cumplan de manera efectiva.



"Las leyes son importantes, pero por sí solas no cambian la realidad. También necesitamos educación, sensibilización y un compromiso real para que esos derechos se traduzcan en una mejor calidad de vida."

Su experiencia personal no ha estado marcada por ataques directos, pero conoce historias de personas que sí han debido enfrentar rechazo y discriminación. Por eso insiste en que nadie debería sentirse obligado a hacer pública su orientación sexual antes de estar preparado.

"No hay una única forma ni un único momento para vivir la orientación sexual. Cada persona tiene su propio proceso y eso merece ser respetado."

Su mensaje para quienes todavía viven ese proceso es simple.

"No están solos. Existen personas, comunidades y organizaciones que pueden brindar apoyo."

Una bandera que invita a perder el miedo

Vaitiare Valenzuela no pretende hablar por toda la comunidad LGBT ni transformarse en una dirigente. Su apuesta es más sencilla: contribuir a que la diversidad deje de ser un tema del que solo se habla en voz baja.

En una comuna donde el silencio todavía pesa, decidió que hacerse visible también podía ser una forma de abrir camino para otros.

"Ojalá llegue el día en que nadie tenga que sentir miedo de ser quien es."

Porque, a veces, los cambios no comienzan con grandes movilizaciones. Comienzan cuando una sola persona decide dejar de esconderse.

Agradecimientos

Agradezco a **Macarena Fuentes**, por diseñar esta edición de **Revista Doca**. También a **Luis Vega**, por hacer posible su descarga. Además, te agradezco a ti, por leernos.

ATENTAMENTE

Jonathan Soto Guajardo

Director Revista Doca

DOCA